

C  
Z7120  
v79



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

818

## PRÓLOGO

Entre los modernos esfuerzos del humano ingenio es admirable é importantísimo el de la ciencia de la lingüística ó filología comparada. Los grandes trabajos críticos de análisis sobre la descomposición de las formas sintéticas de algunas lenguas matrices; las leyes de constitución de la individualidad de los idiomas y dialectos, y los principios propuestos para la formación de grupos, más ó menos numerosos, nos muestran el camino por donde las palabras pronunciadas por los primeros habitantes de nuestro globo han pasado de generación en generación á nuestros labios. La glotología ó etnografía filológica nos ha iniciado en los misterios más ocultos de la razón humana, ha descubierto á nuestra investigación las leyes históricas de su desenvolvimiento y ha contribuido, por modo efficacísimo, á esclarecer la historia artística, literaria y científica de los pueblos. Los progresos de esta ciencia han sido ciertamente pasmosos, aunque todavía le están, sin duda, reservadas más brillantes conquistas, cuando las leyes propuestas se hayan comprobado ó corregido en definitiva con el cabal estudio del habla en su unidad, diferencias y universales relaciones.

No pequeña parte de estos triunfos de la lingüística corresponde á la ciencia cristiana y genuinamente española. Nosotros preparamos, en efecto, el estudio comparado de las lenguas recorriendo la redondez de la tierra, haciendo cada día más frecuentes é íntimas las relaciones entre

000218

los diversos pueblos y razas, y circulando y difundiendo por todas partes la idea de la humanidad. Gloria nuestra fué la de habernos adelantado á todos los pueblos de Europa en el estudio de los más extraños idiomas, componiendo en ellos gramáticas, vocabularios y otras clases de libros. Y á un español, en fin, debióse en el siglo pasado, antes que á nadie, el primer cuadro glotológico de todo el universo, el cual, rompiendo los antiguos moldes que no alcanzaban en la ciencia otros límites más allá de las lenguas clásicas y de las llamadas entonces orientales, creó la lingüística ó filología comparativa.

Las lenguas asiáticas, las del África, las malayas y las de la Polinesia y las americanas comenzaron á ser estudiadas y sabidas por españoles y portugueses. Fray Martín de Rada, escribiendo el arte y vocabulario de la lengua china; Fr. Juan Cobo, traduciendo por primera vez á una lengua vulgar europea una obra de aquella literatura; Fr. Juan González de Mendoza, trayendo antes que nadie á Europa una colección de xilografías sónicas; San Francisco Xavier y los PP. Juan Rodríguez, Gaspar de Villela y Pedro Gómez, Fr. Luis Sotelo, Fr. Diego Collado y Fr. Manuel Preces, descifrando los arcanos de la lengua japonesa; Fr. Gaspar de San Miguel y los PP. Diego de Ribero, Francisco Hernández, Enrique Enriquez y Francisco Ros, proclamando las reglas gramaticales de los idiomas de la India, ó formando sus vocabularios ó traduciendo en ellas libros de devoción; los PP. Andrés de Oviedo, Pedro Páez y Antonio Hernández, alcanzando la plena posesión de algunas lenguas africanas; innumerables españoles, durante cuatro siglos, componiendo las artes ó los Diccionarios de todos los idiomas hablados en Filipinas y en las demás islas de la Oceanía; y las legiones de varones apostólicos que, procedentes de la península ibérica, se esparcieron por el nuevo continente, para evangelizar á sus habitantes, fueron acopiando los inmensos materiales necesarios para erigir el magnífico monumento de la filología comparativa.

El influjo del Cristianismo en la formación y progresos de esta ciencia, ya demostrado por Max Müller en las *Lecciones* pronunciadas en la Institución Real de la Gran Bretaña, se ve con toda plenitud en la obra de la civilización llevada á cabo por la Monarquía católica de España en las Indias Orientales y Occidentales. La misión ejercida por aquellos miles de religiosos (sobre los cuales parecía que soplaba aún aquel mismo im-

petuoso viento que invadió el Cenáculo el día de Pentecostés) para difundir la palabra de Dios hasta los últimos confines de la tierra, no podía ejercerse con eficacia sin poseer las lenguas peregrinas y bárbaras que se hablaban en los diversos pueblos. Para arrancar las almas de los indígenas del dominio de la grosera abyección de los sentidos; para someterlas á los principios eternos de la religión y de la moral cristiana; para educar su inteligencia por la predicación, su voluntad por la penitencia y sus sentimientos por la oración, tenían necesariamente que hablar los idiomas usados por aquellos pueblos salvajes los religiosos que intentaban reducirlos á la ley de Dios. Y por esto se pusieron á estudiar las lenguas indígenas con admirable fruto, á pesar de que, como dice Fr. Francisco de Alvarado en el prólogo del *Vocabulario dominico de la lengua mixteca* (impreso en México, año de 1593), «su dificultad rindiera los mayores bríos de la naturaleza si no hubiera socorro con los de la divina gracia.» El misericordioso designio de la Providencia, que parecía desenvolverse en los siglos XVI y XVII para la conversión del mundo, mediante los esfuerzos de la católica España, al par que disputaba al panteísmo y al paganismo millones de almas inmortales, ensanchaba y engrandecía, divulgando la idea de la fraternidad humana, los dominios de la ciencia de la naturaleza y del hombre.

Sistematizando y metodizando los trabajos de los misioneros españoles, otro español ilustre, de quien ya se ha hecho mención, D. Lorenzo Hervás y Panduro, echaba los cimientos de la ciencia de las lenguas, y esclarecía á la vez difíciles problemas históricos y geográficos. Los tomos XVII, XVIII, XX y XXI de su *Idea del Universo*, publicados en los años de 1784, 1785 y 1787, serán por mucho tiempo arsenal de riquísimas noticias etnográficas y de observaciones glotológicas importantísimas, y su *Catálogo de las lenguas*, que es una reimpresión, hecha en los años 1800 al 1805, de sus anteriores trabajos, notablemente refundidos y adicionados, vivirá mientras vivan los estudios lingüísticos. «Esta última obra de Hervás, dice D. Fermín Caballero en las *Noticias biográficas y bibliográficas* de este abate, que publicó en Madrid, año de 1868, es como el *Sistema sexual*, de Linneo, las *Concordancias bíblicas*, la *Biblioteca* de D. Nicolás Antonio y otras fundamentales, de cuyas bases anchas y sólidas no hay necesidad de salir por mucho que de nuevo se construya, se adicione ó se mejore.»

El asombro que los estudios de este varón eximio causaron en la Europa sabia fué extraordinario: no se explicaba cómo un solo hombre podía haber comparado tantos y tan diversos idiomas, de índole tan varia y original y de tan lejanas tierras. Así fué que no tardaron en aprovecharse de las obras de nuestro compatriota los ingleses, holandeses y alemanes, principalmente Juan Cristóbal Adelung en el tomo de su *Mitridates*, impreso el año de 1806, y el sajón Juan Severino Vater, continuador de dicha obra en los años de 1807 al 1817, quienes valiéronse también de las gramáticas de diez y ocho lenguas principales de América, abreviadas por Hervás, cuyo manuscrito confió éste á su amigo Guillermo de Humboldt.

Dícese que Leibnitz presintió la lingüística. Aquel genio creador y universal señaló ciertamente algunas analogías entre el persa y el alemán, expuso y defendió la conveniencia de formar grandes acopios de vocablos dirigiéndose á los embajadores y misioneros, dió reglas para la comparación y la etimología, combatió la tenacidad de los espíritus preocupados en buscar un lenguaje primitivo y recomendó el método inductivo como el más seguro y eficaz; pero las ideas de Leibnitz no hubieran germinado y llegado á sazón sin la ordenada labor científica de Hervás, sin los trabajos inmortales de los misioneros españoles. Ni tampoco hubiera bastado á los progresos de la moderna lingüística el *Glosario comparativo*, mandado formar por la emperatriz Catalina de Rusia, que apareció en 1787, es decir, tres años después de la primera obra de Hervás. Reconózcase, pues, que á éste corresponde el privilegio de ser como la piedra angular de la glotología; porque desde que él publicó su sistema y observaciones han sido rápidos y fáciles los progresos en la clasificación de las lenguas y en su historia; fecundísimos los principios iniciados con el dogmatismo creador; profundas y provechosas las modificaciones introducidas, sobre todo, en los dominios de la fonética, por los métodos de la gramática comparada.

Pero ninguna parte de los trabajos científicos de Hervás ofrece más interés; ninguna reúne mayor caudal de novedades; ninguna revela más estudio ni ensancha más los horizontes de la etnografía filológica, que su clasificación de las lenguas americanas. Con ella dispó no pocas preocupaciones que eran comunes sobre el número, carácter, afinidad y dominios geográficos de aquellos idiomas, al par que, con claro método y

juicio, compendió y resumió todas las riquísimas observaciones que le aportaron los españoles, proclamando bien clara la influencia que el descubrimiento del Nuevo Mundo ejerció en la glotología.

Porque no puede dudarse que al arribar las carabelas de Cristóbal Colón á la isla de Guanahani, ofrecióse á los ojos de los españoles que tripulaban aquellas endeble embarcaciones, un mundo completamente extraño para ellos, más aún que en las producciones del suelo y en los animales que discurrían por él, en las formas, costumbres y cultura de las razas que lo poblaban. El asombro producido en el ánimo de Colón por aquellas extrañas apariciones, se revela en el lenguaje entusiasta, admirativo, hiperbólico á veces del inmortal navegante. Pero entre las cosas que más debieron de sorprenderle hubo de ser, sin duda, la diferencia de habla que usaban los habitantes de aquellas islas, que por primera vez se ofrecían á los ojos de los europeos. Para tratar con ellos hubieron de usar al principio de los gestos y ademanes del cuerpo; mas á fuerza de empeño y trabajo llegaron al fin á entenderse unos y otros por medio de sonidos articulados; primero con dificultad, más tarde fácil y claramente, y por extraño que sea á primera vista, parece que fueron los indios los que con más facilidad aprendieron el lenguaje castellano, fenómeno que se repitió mil veces en adelante.

Si el fin de los españoles hubiera sido no más que el de tratar con los naturales para sacar de ellos las ventajas que les pudiera proporcionar el comercio y las explotaciones de las riquezas que ofrecían aquellas nuevas regiones, no hubieran sido necesarios grandes esfuerzos para entenderse con los indios y descifrar los misterios y dificultades de su lenguaje. Pero la empresa del viaje y descubrimiento de las Indias tenía para la nación española importancia infinitamente mayor que la que le podían ofrecer las riquezas materiales. Obra de la fe y del entusiasmo religioso, la empresa de Colón tenía por objeto, más que el ensanche de los dominios de España, la ampliación del reinado de Jesucristo y de su Iglesia. La difusión del Evangelio, el sacar de las tinieblas del paganismo á los miseros habitantes del Nuevo Mundo, llevarlos á la luz de la verdad cristiana é infundirles en ella altísimos principios de moral y de arreglo y bondad de costumbres, este fué el objeto principal de los españoles en su conquista de América.

En la primera expedición parece evidente que no fué ningún sacerdote

ó eclesiástico entre los compañeros de Colón. No así en la segunda y en las posteriores; pues cuando los Reyes tuvieron noticia del ancho campo que se ofrecía á la predicación, promovieron entre las órdenes religiosas el noble afán de trasladarse á América para que se aplicasen allí á la conversión de los indios. De una de las primeras expediciones formó parte aquel P. Román Pane, que á esfuerzos de su santo celo, aprendió tan señaladamente, y en menos de un año, la lengua del Macoriz, que pudo instruir con ella, en las verdades del Cristianismo, á las familias indígenas. Este sacerdote puede decirse que fué el primer europeo de quien particularmente se sabe que habló una lengua de América. En pos de él registrase una serie innumerable de misioneros españoles y portugueses, pertenecientes á todas las órdenes monásticas; los cuales penetraron el mecanismo admirable de los idiomas y dialectos americanos; expusieron la sencillez de sus radicales, representadas muchas veces por una sola letra; trataron de la riqueza de formas de sus verbos y de su artificio maravilloso, mediante el cual expresan, con inflexiones particulares, las relaciones entre el sujeto y la acción, entre aquél y los objetos; recogieron tesoros de voces y de frases y alcanzaron, en fin, la mayor parte de ellos el don precioso de poder hablar á los naturales, en su misma lengua, con la misma extensión y riqueza de figuras elegantes, de comparaciones sencillas y poéticas, de expresiones sublimes y enérgicas con que es fama que los puelches y araucanos hablaban á las muchedumbres.

El número de misioneros españoles, de cuyas obras filológicas se tiene noticia, es considerable, puesto que fueron objeto de su preocupación y estudios todos los idiomas de las comarcas del nuevo continente en donde ejercieron su apostolado. Sus nombres constituyen uno de los capítulos más gloriosos de la historia eclesiástica, política, colonial y científica de España. Fr. Juan Ramírez ó Fr. Juan Ribas (pues no se sabe de cierto cuál de los dos fué su verdadero autor) componían en 1537 la primera *Doctrina ó Exposición sobre los Artículos de la Fe* en lengua mexicana, y en los dos inmediatos años siguientes secundábanles en igual empresa Fr. Toribio de Motolinia ó de Benavente, y el primer Arzobispo de México D. Fr. Juan de Zumárraga, autor de la primera obra impresa en el Nuevo Mundo; en tanto que Fr. Francisco Ximénez, como los anteriores también franciscano, componía la primera *Gramática* y el primer *Vocabulario* del idioma azteca. Era mediado apenas el siglo xvi,

cuando otro religioso de la misma orden, Fr. Alonso de Molina, ponía en el punto de su perfección el *Arte* de la lengua nahuatl y levantaba á la civilización azteca grandioso monumento con su *Diccionario*, en donde reunió por sí solo nada menos que veintinueve mil palabras, reveladoras de la milagrosa paciencia, estudio, observación y perspicacia de aquel insigne y modestísimo misionero que, para encarecer su obra, limitábase á decir en el prólogo: «Dios sabe el trabajo que me ha costado.» Nada se ha dicho en más de tres siglos, sobre filología mexicana, superior á los trabajos de Molina, los cuales apenas han sido igualados. Cuantos han intentado estudiar ó escribir acerca del mexicano, á ellos han tenido que recurrir. Así lo comprueban, con algunas excepciones, las obras de fray Pedro de Gante (1553), Fr. Juan de Ayora (1560), Fr. Domingo y Fr. Juan de la Anunciación (1565, 1575), Fr. Luis Rodríguez (1570), fray Melchor de Vargas (1576), Fr. Juan de Gaona (1582), Fr. Bernardino de Sahagún (1583), Fr. Alonso Rengel (1590), el P. Antonio del Rincón (1595), Fr. Elías de San Juan Bautista, carmelita descalzo (1598), fray Juan Bautista, franciscano (1599), D. Pedro Arenas (1611), Fr. Juan Mijangos (1624), Fr. Diego Galdo (1624), Fr. Miguel Val (1640), el P. Horacio Carochi (1645), Fr. Agustín Vetancourt (1673), D. Antonio Vázquez Gastelu (1689), Fr. Manuel Guerra (1699), Fr. Manuel Pérez (1713), D. Manuel Santos Salazar (1714), Fr. Francisco Ávila (1717), D. Carlos de Tapia y Centeno (1753) y D. José Agustín Aldama y Guevara (1754).

No menos que el nahuatl fueron estudiados los demás idiomas de la Nueva España, más ó menos afines á aquél: el huasteco por Fr. Andrés de Olmos (también autor de una gramática mexicana en 1547), Fr. Juan de Guevara (1548), Fr. Juan de la Cruz (1571) y D. Carlos de Tapia y Centeno (1753); el tarasco por Fr. Juan Bautista de Lagunas (1574) y Fr. Juan de Medina (1577); el othomí por Fr. Melchor de Vargas (1576), Fr. Alonso Rengel (1590), el P. Horacio Carochi (1645), D. Francisco Aedo (1731), D. Luis de Neve y Molina (1767) y Fr. Antonio Ramírez (1785); el mixteco por Fr. Domingo de Santa María (1560), fray Benito Fernández (1567), Fr. Antonio de los Reyes (1593), Fr. Francisco de Alvarado (1593) y Fr. Martín de Acevedo (1650); el mixe por fray Fernando Bejarano (1690) y Fr. Marcos Benito ó Beneito; el totanaco por Fr. Andrés de Olmos (1550) y Fr. Francisco Toral (1562); el zapoteco por Fr. Pedro de Feria (1567), Fr. Juan de Córdoba (1578), Fr. Pe-